



JUANA DE ARCO, por P. F. S. Spence

Idealizada por el pincel del artista Spence, surge la romántica silueta de la Doncella de Orleans, en una visión llena de brío en la cual el autor ha hecho derroche de vívidos colores.



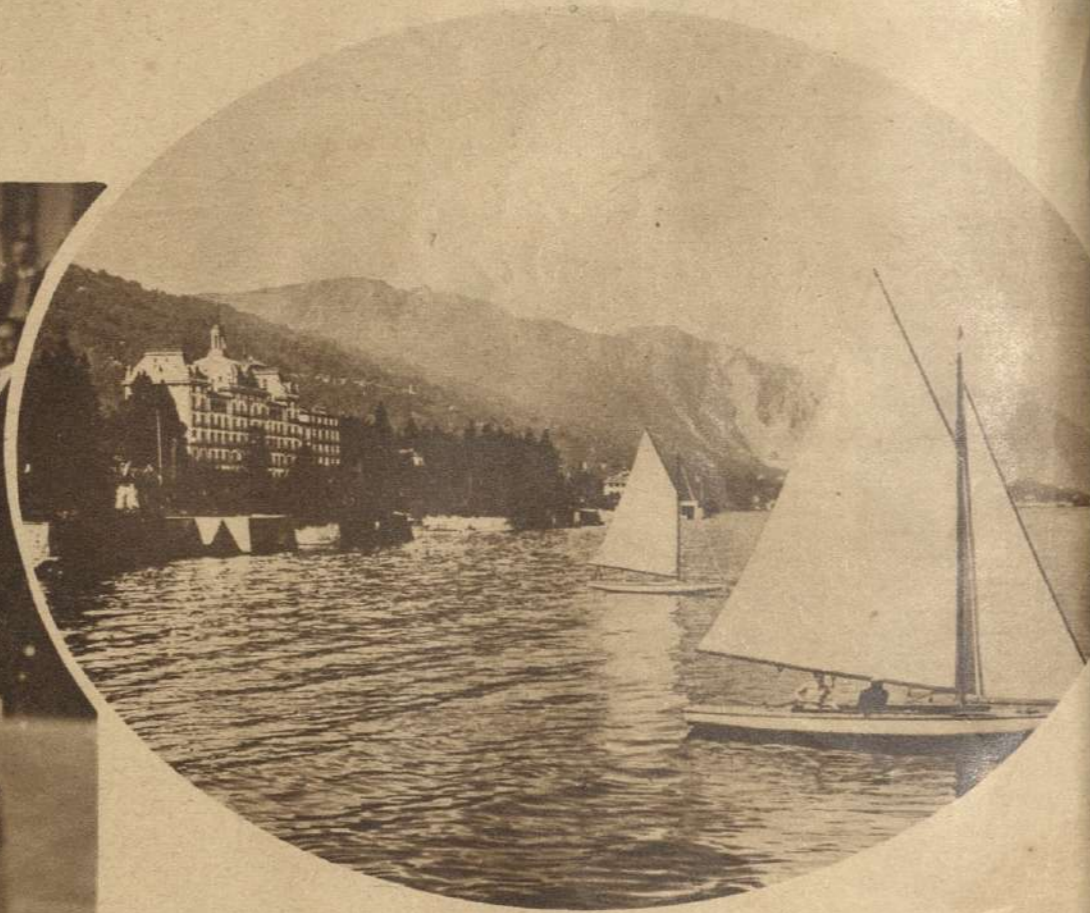
KATHLEEN BURKE, estrella de la Paramount.



Paisajes Centroamericanos.—Panorama de Atitlán, en Guatemala (Foto Biener)



El Salvador.—El General Maximiliano Hernández Martínez toma posesión de la presidencia, en el nuevo estadio nacional. (Foto Crisonino)



El hotel de las Islas Borromeas, en Stresa, donde se hospedaron los jefes de esta de Francia e Inglaterra durante la conferencia de Stresa que cambió la faz política de Europa al sellarse el acuerdo franco-italiano contra Alemania.



El público neoyorquino ha aclamado este nuevo baile, titulado "La Caranga", inventado por el compositor inglés Ray Noble para la película LOS MILLONES DE BREWSTER, filmada por United Artists. Damos a continuación cinco aspectos de este novedoso baile.

SEMANA GRAFICA

REVISTA ILUSTRADA— INFORMACION — ARTE — LITERATURA
Editada por la Compañía Anónima EL TELEGRAFO

J. Santiago Castillo, Director
CASILLA DE CORREO 821.— TELEFONO: CENTRO 1005.— CABLES: ANAGRAFICA.
CIRCULA LOS SABADOS
Adolfo H. Simmonds, Jefe de Redacción
PRECIO CINCUENTA CENTAVOS

AÑO V

GUAYAQUIL (ECUADOR), 13 DE JULIO DE 1935

Nº 215



JULIA VEGA ARRIAGA

En el seno de la sociedad azuaya, es esta preciosa beldad, flor exquisita que engalana sus salones, embalsamándolos con el perfume de su gracia, su bondad y su elegancia. Blanca como el lirio, de claros ojos que son filtros de un licor embrujador, modelada en belleza por el cincel ideal de un Fidias, reúne tan gentil damita el encanto de Elsa, la seducción de Helena y la dulzura de Esther.

PAGINA EDITORIAL

COLEGIO BERNARDO VALDIVIESO DE LOJA

LA SEMANA EN MONOS

Por V. JAIME SALINAS.



COMENTARIOS

LOS MONOS DE LA SEMANA

1. ¿Cuánta generosidad la del millonario-Vanderbilt! Compró en un millón de dólares su yacht ARA, y nos lo va casi a regalar cedéndonoslo por 70 mil? ¿Es que somos buenos los ecuatorianos? ¿Le hemos talvez gustado, viéndonos reflejados en la figura apolínea del Dr. Cabeza de Vaca? ¿Pagar diez millones de sures y darlo después por menos de un millón! Es una ganga que sólo la podíamos obtener de un Vanderbilt, con anuencia del Comodoro Don Diógenes Fernández. Se cansó el otro Diógenes de buscar un hombre con candil de querosene; y éste halla más que un hombre, un semidiós dispendioso y magnánimo. Debe el nuevo Diógenes poseer una lámpara mejor que la del antiguo: una lámpara con buen aceite y larga mecha.

2. ¿Qué haremos luego con el yacht ARA? ¿Iremos a "arar" en el mar? Porque el buquecito supera a toda expectativa. Como nave de rico, tiene una cantidad de cobres, que toda muestra marina va a tener trabajo para rato lijando y limpiando. Bique tapizado de hule, no resistirá ese paño el clima tropical; pero de nada nos sirve el hule, cuando sin él sabemos darle lustre a la patria, nada menos que ante un Vanderbilt. Resta el casco que, si alguna edad tiene, eso aumenta su prestigio y seriedad. Ya que no por los cañones, siquiera por su avanzada edad será respetable nuestra marina. Que venga, pues el "ARA"; y ya veremos si ara o se vara.

3. Virín, virola, atranca la puerta....! I a atrancarla ha salido Enrique por los campos de Montiel, visitando, de ciudad en ciudad, escuelas y cuarteles. I va a salirse del mapa... nacional, que acaso sea lo más importante atrancar la puerta de fuera, para que los vecinos no siembren coles en el zaguán.

4. Menudos afanes en los que José María ha metido al buen Enrique. Que arregle los llos de los muchachos con sus maestros. Que de plantel en plantel vaya haciendo el juego de quita y pon. Que discursée ante los otros muchachos de botón amarillo y yatagan al cinto. I, como si fuera esto poco, que se vaya a Colombia a contarles el cuento a los paisas. Nada menos que a los paisas, que son maestros para toda clase de cuentos.

5. Tras su jira, Enrique ha de decirle a José María cómo ha visto la situación. I apostaríamos cual-

quier cosa que le manifestará que nada ha visto derecho. Llevará la impresión de que todo marcha torcido. Chueco el magisterio, volteado el ejército.

6. Martense, el voluminoso y rozagante, fué a entrevistar a Su Excelencia. Díjole el Presidente, como Hamlet, que no oía bien en Dinamarca. I gran civilización hubo de tener Martense, al pensar de dónde podría provenir aquel olor, que no era precisamente de nenúfares. ¿Qué podría estar dañado en Dinamarca? Algo debía estar así, para que Hamlet diera sus traspies. Algo, que había que definirlo, para que Hamlet no sufriera una caída. Ser o no ser, le dijo éste a Martense. I Costales se sintió el Shakespeare de este Ecuador José-mariano.

7. Cabe anotar que hizo Miguel la cita milésimo primera de Fernández Flores. Cuando el talentoso y sutil Miguel Costales Salvador (alias) Martense, siente la necesidad de decir una barbaridad de alguien y no puede, cita a Fernández Flores. Alguna vez se hizo admirar Fernández Flores por el arte maravilloso de meter un alacrán dentro de una rosa. Al querer Martense hacer lo propio, con su fino y agudo

lenguaje, y verse impedido por apremios materiales, pues se consuela citando al maestro. ¿Qué se le habrá ocurrido en la entrevista? ¿Qué frase terrible habrá tenido que decapitar?

8. Tararí... taritaríííííí! En esta corrida de toros de nuestra pintoresca, divertida y trágica política, llegó la hora del tercer tercio. Es, como dicen los diestros, la hora de la verdad, la hora de arrimarse, cuando el "jombre de be mostrá su diznidad", la hora de matar. El primer tercio del año para lances de capa, en que el mandatario debe adornarse y hacer figuras; el segundo tercio exige descubrirse y hay que entrar con el cuerpo descubierto a poner banderillas. Unas banderillas en los morros con medidas de emergencia y prisiones colectivas envueltas en papel picado. I llega el momento del tercer tercio, en que hay que pasarle la muleta a la fiera de pitón a rabo, tienen los poenos que estar listos a sacar el quite a los votos de desconfianza; y, por último, se ha de perfilar el espada ante el bicho entrando a matar. I, como decía Frasuelo: o el torero mata al toro o el toro mata al torero. Como siempre, el público berrea desde los tendidos; pero a nada se expone.

EL NUEVO CONGRESO

La convocatoria del Ejecutivo a la reunión del Congreso ha venido a disipar los temores que existían de que tratara el primero de crear obstáculos a la instalación del segundo. La sencillez del decreto de convocatoria revela que no guarda el Gobierno un "arriere pensée"; y que está decidido a respetar la ley y someterse a las resoluciones que dictamine el primer poder del Estado.

Como ya lo han observado los diarios, habría sido un desatino de desastrosas consecuencias, que se cree un conflicto en el afán de producir una interdicción o recusación de una parte o la totalidad de los legisladores. El Congreso debe reunirse de una manera normal y tranquila, para cumplir su sagrada finalidad de supremo orientador de los destinos nacionales; y el Ejecutivo salva su responsabilidad ante la Historia adoptando una actitud de disciplina y acatamiento de los preceptos legales.

Graves y complejos problemas tiene el Congreso que resolver, para sacar a la nación del estado de miseria, atonía y desconcierto en que se encuentra por la falta de una acertada y eficiente dirección de la economía. Diversos factores han contribuido a desconectar los organismos administrativos, dificultar las funciones de cada dependencia, sembrar la desconfianza en el espíritu público, obstaculizar el desarrollo de las actividades fecundas; y, en fin a ocasionar una situación crítica en todos los órdenes de la vida nacional. El Congreso está obligado a emprender en una obra esforzada de reconstrucción y rehabilitación, que devuelva a la colectividad social el perdido bienestar y cimiento en bases sólidas el porvenir.

La reunión del Congreso se realizará después de un mes; y es de esperar que en este tiempo se consagren los legisladores a estudiar concienzudamente las cuestiones que han de tratar, examinando circunstancias, definiendo situaciones, aunando voluntades, compulsando perspectivas, penetrando en el fondo de cada realidad y preparándose para una acción concreta y eficaz. Hay en el seno de la Legislatura ciudadanos de gran capacidad; y de su ciencia y su experiencia es de esperar que organice debidamente su labor y se enfrenten con valentía y abnegación a los problemas que es preciso resolver, en bien de la patria.

Perdiendo un clavo tras otro, se ha desvencijado el banco central, banco en el que tantos han puesto sus posaderas y que ha servido para tantas cosas. Para componerlo, se va a llamar a un carpintero extranjero, de fama como ebanista. I se espera ansiosamente que llegue el técnico, pues crujen las tablas y puede derrumbarse fatalmente.

¿Por qué estará el banco así, cuando sólo hace diez años que fue fabricado con la mejor madera del país, considerada incorruptible. Según la opinión de algunos, el banco se dañó por los clavos que le sacaron. Pero parece que por los bordes se lo han estado comiendo las polillas. El carpintero mayor pidió un poco de naftalina, pero no le han querido suministrar. ¿Se podrá extermiar a las polillas? Eco el problema. Habrá que oír lo que dice el carpintero extranjero.

La Presidencia del Congreso, andando de aventuras, ha venido a coquetear con un campesino patojo, alumbrado por una vela. I no es difícil que la muchacha, zandunguera y alegre, se case con el cojo. Hace un año que ella, como la princesa Eulalia de Rubén Darío, ríe, ríe, ríe, entre el visconde rubio de los desafíos y el abate joven de los madrigales. Pero ni el visconde la "estruja" ni el abate la "arrolla".

Posible es, pues, que al fin sea el patojo quien mejor pie tenga, para conquistar a la casquivana chiquilla y dé con él el mal paso. En tanto, el otro tiene la vela, cuya llama ilumina la escena. I es una llama que chisporrotea, amenazando con las chispas prender un incendio.

Fué llamado Antuco por José María, como su último médico de cabecera. Si con los facultativos Barbotó y Tello se agravó el enfermo, con el doctor Pons confía en salvarse. Si la enfermedad es en la nariz, la garganta y el oído, nada mejor que llamar a un especialista oto-rino-laringólogo. Son los síntomas claros, pues le falta el olfato, no oye lo que le hablan y no le salen bien las palabras de la garganta. Pues, el oto-rino-laringólogo lo compondrá, sea operándolo o empleando el método de Gómez Lluca. Con aquellas pincitas inventadas por Asuero puede hacerle unas cosquillas en la nariz, y acaso el enfermo mejore milagrosamente de la parálisis que amenaza con invadirle todo el cuerpo.

Lo malo es que el nene, al que Antuco acunaba entre los brazos, se ha puesto a llorar. Habrá que ponerle un caramelo en la boca a Vicentito. O mandarlo a dar un paseo, para que mejores vientos lo refresquen.



La primera compañía del colegio, dividida en tres pelotones, con su dotación de oficiales y sub-oficiales. Esta fotografía fué tomada durante un ejercicio hecho en el interior del plantel.



La sección superior practicando a grima de escuela a la bayoneta, con armas de guerra, en presencia de varios profesionales y numeroso público. La foto es una parada al adversario.

Muchas veces la prensa ha reclamado la instrucción militar en los colegios de segunda enseñanza.

I aún se ha pedido que se dé a estos planteles una organización totalmente militar, como las escuelas de cadetes-bachilleres de Estados Unidos donde el alumno se prepara en todas las asignaturas militares de humanidades dentro de un régimen de disciplina militar.

Nuestros mandatarios han sido sordos para prestar atención a esa capital necesidad. No sólo se pragmatiza el espíritu en una severa disciplina con tal educación.

También se adquiere sentimiento de civismo, amor a la patria, conciencia del deber de servirla y defenderla.

I el alma juvenil se regula dentro de una moral de honor. Por esto se ha preconizado la conveniencia de perfeccionar la cultura con una instrucción militar.

Ahora parece que se inicia una reacción.

Se ha pensado someter a los alumnos secundarios de la república a progresivos ejercicios militares.

I ya se han escogido los profesores para dichos cursos en varios planteles.

El colegio Bernardo Valdivieso de Loja se ha adelantado al propósito.

Ya sus estudiantes tienen adquirida una halagadora preparación militar.

Las fotografías que se exhiben en esta página son una demostración de ello.

Hace poco han realizado los muchachos una parada en el parque Bolívar y sectores inmediatos.

Fue una espléndida revista, que puso en evidencia sus aptitudes, en fuerza, su gallardía, su marchosidad, su temperamento.

Formaciones, despliegues, evoluciones, esgrima, acción gimnástica, manejo de armas, en múltiples ejercicios tuvieron una actuación lucida.

Los oficiales del Batallón Quieto, que son sus instructores, di-

rigieron la espectacular parada. Rebosa el alma patriota de ilusión y de entusiasmo.

¿Qué gran ejército podría formar el Ecuador!

En el pecho de cada chico de esos arde un Cotopaxi.

Si de aquella juventud se sacara las legiones de soldados que el país necesita, nadie podría humillarnos, ni detentar nuestro territorio, ni llamarnos a menos.

Serían leones bajo los uniformes galonados.

Energía, alteza de miras, ímpetu, heroísmo.

Hay que pensar en la vieja canción inglesa, que dice: "Lejos está Tipperary, pero hay que ir a Tipperary".

El sendero de una educación militar está abierto.

Hay que continuar tenaz y persistentemente en la obra emprendida.

Al colegio Bernardo Valdivieso, deben seguir el Vicente Rocafuerte, el Mejía el Maldonado, el Benigno Malo, el Pedro Carbo, el Espejo, el Olmedo, todos los demás.

Es preciso instruir militarmente a esos millares de jóvenes que integran sus alumnados.

Se modelarán en civismo los más hermosos núcleos de juventud.

I la patria verá su redención en un poderoso ejército formado por las nuevas generaciones.

Si de la juventud es el porvenir, élla debe ser digna del tiempo, entrando en sus días con paso vencedor.

I sería un acierto que se organizaran los colegios secundarios según un plan militar.

La escuela de Culver es el ideal. Grandes gimnasios, polígonos, pistas de equitación, campos deportivos, maestranzas, terrenos de entrenamiento de guerra, etc.

Es triste ver hasta qué punto crecen nuestros jóvenes ayunos de todo sentimiento cívico.

No tienen noción de patria; y, en cambio, están estragados por absurdas ideas de disolución social y anarquía concupiscente.

Si una dolorosa prueba tuviera que sufrir la nación, sería amargo y horrible ver evidenciado el



El emblema nacional y el pabellón de la Cruz Roja, con sus respectivas escoltas, que custodian las banderas. Las señoritas alumnas forman parte del cuadro de enfermeras de la Cruz Roja.



Las dos compañías en columna ancha, al rendir honores al emblema nacional y recibirlo en sus filas. Los uniformes que visten están determinados por el reglamento de instrucción secundaria.



LA HERMANA GRACIELA

Por **Eduardo Castillo**

—Hermana, hermanita Graciela...

—Héme aquí, señor impaciente; ¿desea usted algo?

—Quiero que me diga una cosa: ¿Por qué me oculta sus manos?

—Pero si yo no las oculto.

—Sí; me las está escondiendo. Y esto me exaspera y me hace sufrir porque estoy seguro de que con los otros enfermos del sanatorio no hace usted lo mismo.

—Es porque los otros enfermos del sanatorio no son niños mal educados como usted.

—Puede ser. Pero quiero confesárselo, hermanita. Estoy obsesionado con la belleza de sus manos.

—Jesús, María y José! Eso es ya una tentación del Maligño.

Y la hermana Graciela, después de trazar sobre su boca un rápido signo de cruz salía de mi estancia de enfermo, dejándome entregado a pensamientos malos y tristes...

Hacía ya veinte días que me hallaba en la Clínica del doctor Ortega, especialmente destinada a la curación de narcomanías agudas. La morfina, la Circe mal-dita, iba aflojando poco a poco las doradas zarpas de harpía en que me tenía cautivo. Pero al mismo tiempo se deshacía y palidecía ante mis ojos el cendal de magia, el velo cintilante y multicolor que al aciago alcaloide interpone entre nuestra visión y la cruda realidad de las cosas.

El mundo me parecía algo desahogado y fosco, un lugar de angustia y dolor de donde era preciso huir sin tardanza. La droga olvidosa, el opio sabio, poderoso y sutil, ilícitamente celebrado por Tomás de Quincey, no me divinaba ya pasajeramente, no me envolvía en su sortilegio, propicio a todas las evasiones. Y, privado de su fuerza transfiguradora, me sentía flácido y desmayado como un misero pellejo de trapo, al cual se le ha extraído el resorte interior que lo mantenía erguido y en pie.

Mis únicos ratos de solaz y alegría eran aquellos en que la hermana Graciela visitaba mi alcoba olorosa a drogas. Llegaba anunciada por un metálico tintineo de camándulas y medallas benditas; comprobaba, con un rápido examen de mi lecho, la blandura de las almohadas, la pulcritud de las sábanas, la disposición de los cobertores. Y en seguida se ponía a dar vueltas en torno mío charlando de cosas fútiles y graciosas con el propósito evidente de divertirme y hacerme olvidar mis largos padecimientos. A veces se detenía frente a la mesita de noche, y se ponía a arreglar mis menudos enseres, a verter una poción en un

vaso o a endulzar una tisana de hierbas aromáticas. Y todo esto lo hacían sus manos con movimientos rápidos, precisos, casi alados. Ella procuraba, para ocultármelas, colocarse de espaldas a mi lecho. Pero yo las veía sin verlas. Eran un poco grandes quizás, para manos de mujer. Y sin embargo ofrecían una perfecta belleza en su candidez y su diaphanidad hostiárica. Se las hubiera creído formadas de seda y armiño, con mucho de caricia y aroma. Su blancura sólo se sonrojaba bajo las finas uñas, de una forma almendrada y semejantes a diez rútiles rubíes, de un brillo natural, que nada debía a los esmaltes y al frote del polisóir de la manicurista. Y bajo la epidermis de su dorso corrían leves hilos azules que parecían marcarles a las caricias un itinerario ideal.

Yo no podía contemplarlas, real o imaginariamente, sin recordar mis primeras noches en el sanatorio, noches de insomnio y de horror, en que la hermana Graciela se llegaba de puntillas hasta mi lecho, y blanda, maternalmente, colocaba la punta de sus dedos magnéticos sobre mis sienes sudorosas. Aquellas manos nevaban sobre mí sér una balsámica frescura. A su influjo, huían las suplicientes ideas fijas, las negras visiones de pesadilla. Y yo me quedaba bienhechoramente dormido, con un sueño reparador, como el que invade al niño sobre el regazo materno, bajo las alas de los ángeles.

La hermana Graciela era portuguesa. Había nacido en la arcaica ciudad universitaria de Coimbra, donde hizo sus votos, y de donde fué enviada a mi país. He aquí cuánto yo sabía acerca de esa bella mujer extraña, de esa religiosa en cuyos ojos ultravioletas se advertían, por instantes, destellos de pasión, y cuya boca pulposa parecía un nido de besos. Me daba cuenta, sí, de que en torno de ella, de toda su persona, flotaba una como aura de misterio indefinible y conturbador. ¿Ha amado esta mujer alguna vez?, me preguntaba a mí mismo. Y me contestaba:— Es posible, tal vez.— ¿Ha sido amada?— Locamente, sin duda, pero hasta allí no más llegaban mis conjeturas. Nunca me hubiera atrevido a dirigirle una sola pregunta acerca de su vida pretérita. Bastaba, para abstraerme, la obsesión de sus manos. Sólo en fugitivos instantes el enigma de aquella alma me inquietaba y atraía, como atrae e inquieta el abismo, cruzado de espejos azules, en cuyo fondo acecha el vértigo de lo desconocido.

El día en que, por primera vez, me fué permitido abandonar, dé-

bil y vacilante, mi lecho de tortura y mi estancia penumbrosa, corrí impaciente a buscar a la hermana Graciela. Alguien me dijo:

—Está leyendo en el jardín. Y hacia el jardín enderecé mis pasos inseguros. No tuve que andar mucho tiempo por entre los árboles y arrietes floridos para dar con ella. Hallábase en un rinconcito discreto y soledoso, sombreado de pinos casi negros, y en el cual borboteaba el caño de una fuente cuya agua caía parlanchina y cantarina, en un tosco tazón de piedras todas afelpadas de musgo y líquen. Sentada en un banco rústico, bajo el follaje de un pino, leía en un libro que reconocí al punto por haberlo visto muchas veces en sus manos: "Las Cartas de Santa Teresa de Jesús". Al oír mis pasos, levantó la cabeza y me sonrió con su afable sonrisa, llena de no sé qué hechizo indulgente.

—¿Al fin usted en pie! Mis parabiénés ¿Cómo se siente usted hoy?

—Muy débil y extenuado todavía. A veces me parece que me han extraído toda la sangre. Y es que la droga fatal es eso: una implaceable vampiresa.

—Ya se irá usted fortaleciendo poco a poco. Verá cómo, transcurridos unos dos meses, se siente lleno de salud y de vida.

—Dios lo quiera.

—Dios quiere todo lo bueno que nosotros queremos. Y lo curará a usted. Pero por el momento venga a tomar aquí, sentado en este banco, un buen baño de sol y de aire libre, los grandes remedios que el cielo nos ha dado para nuestros males físicos. Y venga a gozar del recogimiento y la soledad sedante de este bello rincón del jardín, porque, ¿no es verdad que es muy hermoso?

—Agradable, sí.

—A mí, por lo menos, me encanta. Y soy casi la única persona del sanatorio que frecuenta este sitio. Casi todos los días vengo aquí a leer, a soñar, a orar. O simplemente a escuchar cómo cae el agua sonora en este tazón de piedras musgosas, a cuyo amparo acaban de nacer, acariaciadas por el tibio hálito primaveral, las primeras violetas del año. ¿No siente usted su emanación deliciosa?

—Yo lo siento todo, hermanita. La curación me está produciendo una sorprendente acuidad sensorial. Sobre todo, mi olfato ha adquirido una finura, una sutileza de percepción verdaderamente maravillosas. Percibo todos los olores: hasta el olor de las piedras; hasta el olor del agua pura. Con tanta más razón la viva emanación aromática de las violetas.

—Vea usted cuántas he arrancado yo para marcar las páginas de este libro.

Y la hermana Graciela abrió, ante mis ojos, el viejo volumen, marcado en muchas de sus páginas con diminutas coronas azules. Aquel simple detalle me produjo una aguda emoción de belleza y poesía.

—Qué sabiamente ha procedido usted hermanita,— le dije— al señalar con violetas las páginas de ese libro, uno de los más divinos panales en que melificó la abeja del Carmelo. La violeta es la flor teresiana por excel-

cia. Por su gracia primero, y su pudor casi monacales. Y luego porque, según aseguran los historiadores, el cuerpo de la santa exhalaba una grata fragancia de violetas. Aún un siglo después de muerta, cuando se efectuó la primera exhumación de sus restos, el claustro en que éstos fueron colocados se llenó del vivaz aroma de estas florecillas.

Ella me escuchaba arrobada, con los ojos muy abiertos, como una niña que escucha un cuento de hadas.

—Veo que es usted muy devoto de la santa doctora avileña, dijo al fin.

—Siempre lo fui, apasionadamente.

—Lo mismo que yo, entonces. Desde muy pequeña, mi lectura predilecta era la historia de Teresa. Luego me fui aficionando a sus obras: las Moradas, el Castillo interior. Y si no hubiera sido por empeños de mi madre, hoy, en vez de ser hermana de la caridad, estaría en mi país en cualquier convento de carmelitas descalzas.

—Quizá habría sido realmente mejor que usted hubiera ingresado a una orden religiosa de perfecta clausura. En el mundo, sus manos inquietarán siempre diabólicamente a las almas con el pecado de su belleza.

—La hermana hizo un mohín de enfado, acaso levemente fingido. Y se puso en pie.

—Veo que vuelve usted a sus locuras. Y como los locos necesitan de aislamiento, le dejo sólo para que pueda meditar tranquilamente en la vida de Santa Teresa.

Sin esperar mi respuesta, se alejó bajo los árboles del jardín, entre cuyos follajes la blancura de su corneta hacía pensar en un fugaz vuelo columbino.

Durante los cinco días que siguieron, la hermana Graciela no volvió a entrar a mi alcoba sino cuando le obligaban a penetrar allí sus obligaciones de enfermera mayor de la clínica, y volvía a salir inmediatamente. Se acabaron nuestras pláticas amables y frivolas de otros días. Se hubiera dicho que un velo espeso y aislador cubría toda su persona. Sólo transcurrido ese lapso, en una tarde de una tibieza blanda y primaveral, se me volvió a presentar con su misma sonrisa y sus mismos ademanes de antes, aunque atemperados por una vaga tristeza.

—Le he querido traer a usted yo misma la gran noticia. Dentro de pocos días podrá salir del sanatorio. Hace ocho que está en cero morfina. Lo que el enfermero le inyecta es agua destilada. Puede, pues, decirle adiós a las jeringuillas de Pravaz. ¿Está usted contento?

No supe qué contestarle. —Vamos, alégrese usted— continuó ella con una jovialidad demasiado expansiva para ser sincera.— Va usted a volver a la vida, a sus amigos, a sus diversiones. Y podrá acaso llevar una existencia bella y útil para usted y para los demás.

Mientras me hablaba así, sus manos arreglaban la gaveta de una pequeña mesa donde yo guardaba libracos y papeles. Luego se aproximó a mi lecho y con ademán cariñoso se puso a mullir mis almohadas y a arreglar mis

Sigue en la página 22.

CANTO A GARDEL

Especial para SEMANA GRAFICA.

Por Jorge PEREZ CONCHA.



Carlos Gardel, as de ases de la guitarra criolla, payador incansable de la vida pampera, que engrupió con sus tangos la tristeza que arrolla y el dolor que es el alma de la eterna quimera.

Carlos Gardel, el ídolo de su raza y su medio, la pampa, con tu muerte, ha quedado perdida, pues no existe consuelo a su mal sin remedio, porque es toda la América la que llora, vencida.

Carlos Gardel, hermano del arrabal que es verso, que es ritmo y es milonga, que es ilusión y es farra, ya no ha de conmoverse, por tí, el universo, al escuchar las cuerdas sin fin de tu guitarra.

Carlos Gardel, si el tango nació en Buenos Aires, ha recorrido América y Europa, por tu gracia, y hoy día, haciendo un giro de irónicos donaires, se marcha hacia la Muerte, en pos de tu desgracia.

Buen payador, descansa, que el ritmo de tu copla ha abierto ya un sendero de gloria en los anhelos, por eso, entre las alas de la brisa que sopla, se repite tu nombre, bajo todos los cielos.

No importa que la Muerte te acoja en su regazo y que dejen de oírse tus ritmos de trovero. Si acaso hay otra vida, habrá un nuevo chispazo de gloria por tu nombre, de luz por tu sendero.

Carlos Gardel no has muerto... No has muerto porque vives más que ayer en el alma de todo aquel que siente la tristeza que, a ratos, con tus ritmos, revives, y el dolor, que es el mago de la vida consciente.

Carlos Gardel, intérprete de la guitarra criolla, que tejió vidalitas con sus manos inquietas, por tí han vestido luto las más lindas pimpollas, los mozos, los artistas, las novias, los poetas...

Carlos Gardel, romántico, guitarrista, jilguero, ruisenior, trotamundo, cancionista y actor, el tango, entre tus labios, descubrió su sendero, y, por él, tú seguiste, con ritmo vencedor.

Carlos Gardel, artista de la pampa que es pampa desde que tuvo un hombre que la glorificó. El bandoneón ha muerto... El suburbio o el hampa no chamulla los tangos que contigo cantó.

Carlos Gardel: El Mundo se ha callado. La radio ha vibrado, en tu nombre, con profundo dolor. La guitarra está enferma... Agoniza tu barrio, y se ha apagado la última sonrisa de tu amor.

Carlos Gardel, prosigue tu marcha hacia la sombra, no habrá de detenerte algún lampo de luz, que el dolor, a tus plantas, se convierta en alfombra, y que sea como un verso el peso de tu cruz

Jorge PEREZ CONCHA.

DE LA MUJER, DEL HOGAR Y DE LA MODA

PAGINA DEDICADA A LA ELEGANTE FRIVOLIDAD FEMENINA

ARTE DE LAS PEINADORAS

París, 1935.

Es singular, cómo los modos de vivir cambian las costumbres. Recordemos la época en que las peinadoras eran unas mujeres ordinarias, que iban de casa en casa para peinar diariamente a las señoras. Porque la misma persona interesada no podía peinarse satisfactoriamente. Se estilaba una cabellera exuberante. Y además se rizaba, se ponía bandolina, se adicionaba tirabuzones, se ahuecaba una parte con postizos, unas especies de almohadillas, puestas sobre la nuca... Quién era capaz de arreglarse a sí mismo? Por más que se pusiera una redicilla para pasar la noche, aquel conjunto de adinificados se desbarataba inevitablemente. Había que reconstituirlo todo.

La peinadora era familiar en todas las casas, por poco que la situación de una familia lo permitiera.

Se han ido modificando las costumbres. Hemos llegado a la suspensión de la cabellera: al pelo corto. Y han desaparecido aquellas pobres peinadoras. Han venido otras, sin embargo, a continuar la tradición, aunque de otra manera.

Desde luego, estas peinadoras tienen poco o nada de común con aquellas señoras—o señoritas—que antes de la guerra se dedicaban a cortar el pelo y afeitar a los hombres. Aquel personal de peluquería y barbería ha desaparecido o poco menos: es muy raro encontrarlo y aun eso únicamente en las afueras de París, donde a veces trabaja en el oficio toda una familia.

Hoy el arte de cortar el pelo femenino constituye una profesión, harto difícil. Los profanos están lejos de sospechar que el aprendizaje de este arte requiere un año y medio. Año y medio para ser una buena operaria. Este espacio de tiempo se descompone en seis meses de escuela y un año de práctica, empezando ésta por la simple asistencia a una o-

peradora—como los alumnos internos en la clínica—siguiendo luego por dar un toque de tenacillas que luego rectificará la maestra y pasado por último a ocuparse en la clientela de fácil contentamiento.

El período de aprendizaje en las escuelas (hay considerable número de ellas en París) cuesta a las aprendices, como se comprende muy bien, un poco de dinero. Pero en el año de práctica ya está remunerado el trabajo. Poca cosa, es verdad, pero no cuesta y reporta algo. A continuación de las prácticas viene la colocación profesional o el trabajo por cuenta propia. Qué puede esperar una mujer de este género de profesión?

En ésta, como en todas las profesiones, hay clases. La peinadora tiene en el establecimiento donde trabaja un pequeño salario. Cuenta con las propinas, con un tanto por ciento sobre el valor de la perfumería y de todo lo que expenda el establecimiento por mediación de la operaria. Tal vez no sepan las lectoras que la costumbre en París es esa: cuando entran en un gran almacén, en una tienda, y un dependiente hombre o mujer les ofrece un artículo, les encomia la calidad, pone de relieve lo barato, en una palabra "fait l'artiele" hace el artículo, como aquí se dice, ese vendedor o vendedora ambulante tiene interés personal en que se efectúe la compra. En esto se halla la explicación de que algunas peinadoras ganen de treinta francos diarios a mil quinientos francos. Se nos figura que siempre será semanales. Cuestión de habilidad para vender y de la calidad de los clientes.

No le asombre al lector, ni a la lectora, esa cifra de mil quinientos francos. En la perfumería se gana un cuatrocientos por ciento... Queda margen para que el vendedor o vendedora gane algo. Y las propinas son proporcionadas al servicio. Por lo menos su-

ATRACCION DE LOS PERFUMES



pone un diez por ciento del importe de dicho servicio. Hágase un cómputo, pues no es difícil de estimar el importe de esos mismos servicios, y se verá que las peinadoras pueden obtener una retribución muy aceptable.

De cualquier manera, una señora deja en la peluquería treinta o cuarenta francos. El menor coup de ferre cuesta diez francos en la más modesta de las peluquerías. Una clientela segura, una visita semanal de cada cliente, y a poco que la operaria sepa captar las simpatías, ya representa para el establecimiento una fuente de ingresos que para ella, la interesada representa a su vez una situación acomodada.

LYCE.

Para bien de ella, y de quienes la rodean, toda mujer debe rendir culto a los perfumes. Estos tienen algo que convierten a una mujer en un sér encantador. Tienen una influencia romántica que favorece, y tienen algo de frívolo, y no olviden que en los tiempos que corren, lo frívolo, en pequeñas dosis, es necesario. Y si hemos de tener algo de frivolidad en la casa, ¿qué mejor que un frasco de perfume?

Si nos fuéramos a guiar por los consejos de los astutos productores de perfumes, les diría solamente que usaran uno para cada ocasión. Tal cosa sería muy elegante, pero en realidad nos damos de santos cuando tenemos a la mano una sola botella con que impregnar nuestra guardarrota. Al usar un solo perfume es posible usar menos y menos en cada aplicación sucesiva. Por otra parte, ¿para qué clasificar el perfume según el color o clase de las telas? según nuestro estado del alma?

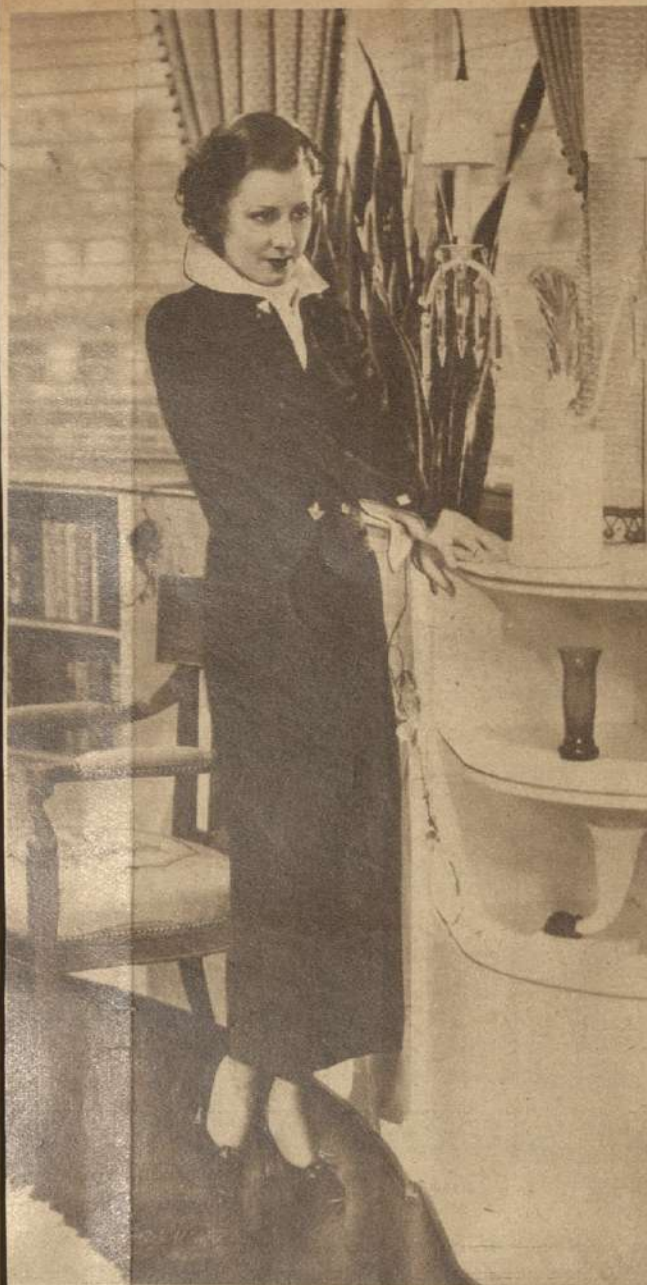
Al elegir el perfume hay que tener en cuenta dos detalles: Primero, encontrar una esencia delicada que no irrite la sensibilidad de la nariz, que no sea demasiado fuerte. Otra, es que no tengamos que usar mucha cantidad si no... ¡adiós presupuesto! El fumeador es muy bueno para aplicar los perfumes, pero al usarlo hay que tener cuidado de que no se evapore la esencia. Esto se consigue haciendo que el fumeador ajuste bien en el frasco. El nonerros perfume en el cuerno después del baño, parecería innecesario, pero si perfumemos el interior del sombrero y las pieles del vestido.

Hay que conseguir que la ropa tenga perfume a flores y que al abrir el ropero su fragancia nos envuelva. Los guantes, echarpes, y pañuelos deben llevar perfumes que nos hagan recordar "a la Arabia y a la Reina de Saba". Una vez elegido el perfume favorito, no nos separemos de él y él no se separará de nosotras. Como una concesión especial, podemos ponernos una o dos gotas de perfume en el lóbulo de las orejas. Hace tiempo se acostumbraba perfumarse el reverso de las manos, pero como ya no se usa besar la mano de la señorita, y dada la frecuencia con que una se lava las manos, parece que es un gasto inútil seguir practicando este rito del tocador.

TRAJES DE HULE, RASO Y LINO PARA LA PLAYA



Tres actrices cinematográficas lucen trajes de baño de la última moda en Hollywood. El traje de Maxine Beiner (izquierda) es de hule, con rayas blancas y verdes; y el de Gertrude Michael (centro) de raso blanco. Madge Evans derecha) prefiere una indumentaria de lino, con botones y rayas azules.



Irene Dunne (R. K. O. luce este sencillo modelo de traje de casa, de lana negra acordonada, cuya originalidad consiste en el corte de los puños y el cuello.



Traje de soirée, de tul recamado de abalorios, que encaja a la rubia belleza de Carole Lombard. (Paramount)



Ginger Rogers (R. K. O.) presenta una creación sensacional de crepé de China moteado. Nótese el efecto curioso de la falda.



Conjunto de deporte lucido por Margaret McCrystal. El traje



Maureen O'Sullivan (Metro Goldwyn), recomienda para la primavera un sencillo conjunto de calle, de tela gruesa, de efecto escocés. El sombrero, la chaquetilla, la bolsa y los zapatos son



Túnica de soirée de líneas sobrias y armoniosas, adoptado por Frances Drake en una de sus más recientes creaciones



HANSEL UND GRETEL por P. Hey.
¿Recordáis la deliciosa leyenda con la que incontables generaciones de corazones infantiles palpitaron emocionados? Pues Hansel y Gretel en el bosque, llegan hasta la cabaña de una horrible bruja que los seduce al mostrarles las golosinas con las cuales se halla construida su vivienda. Ocultando sus siniestras intenciones con una sonrisa llamativa para apresarlos y los improvisados explorados no saben que partido tomar.

NEKATA

Viene de la página 7

y enardece, no levantaré, pues, ni un dedo contra ti. Por lo demás, no pensaba otra cosa que ayudarte. Dime: ¿por qué razón dejó la casa de tu padre ese afortunado Etza?

—Aún no te lo he dicho? Escúchame Nekata: Cugusha, jefe de los yaupes vino a casa de mi padre a pedirme en matrimonio y sellar por ese medio su alianza con él. Tungui lo recibió escoltado por algunos guerreros, pero Etza, como tuvo por costumbre, guardábale, a su lado, las espaldas. En esa forma pudo escuchar las palabras de aquel hombre. Me imagino cómo vibraría su ser mientras Yumi, por orden de mi padre, volvía con la respuesta, después de consultar mi voluntad al respecto. La respuesta fue mi negativa, que la arrojé yo misma a la cara de Cugusha, quien, irritado por ello, rugió una amenaza y de un salto salvó la puerta y desapareció en seguida.

—Supongo que en ese instante salió Etza, aunque nadie lo ha visto ni ha sido posible precisar. Y como Tungui le quería mucho, y como las gentes del Makuma sentían por él una inmensa simpatía, su ausencia, así repentina y misteriosa, llenó de consternación la fortaleza; y yo, desde entonces, arrastra mi angustia buscándole en los alrededores, conjeturando que algún recelo haya podido ale-

LA HERMANA GRACIELA

Viene de la página 8. cobertores. En uno de estos movimientos, acaso involuntarios, su diestra rozó tenuemente con mis cabellos. Fue algo rápido, casi atado, pero tan delicioso como si aquella caricia hubiera atravesado las zonas materiales de mi ser, e ido a rozar un elemento psíquico infinitamente delicado y sensible.

—Y ahora a dormir tranquilo, sin venenos— continuó la hermana Graciela.— Yo voy a rezarle a la Virgen para que le dé una noche feliz.

Dirigióse a la puerta, y desde su umbral me sonrió como hubiese sonreído una madre, después de lo cual desapareció fugitivamente.

Al día siguiente, al bajar al jardín, después de una noche relativamente tranquila, lo primero que hice fué preguntar por la hermana Graciela.

—¿Pero el señor no sabe?— me dijo un enfermero que pasaba bajo los árboles con su blanco mandil.— La hermana Graciela se fué.

—¿Se fué?— repetí yo aturrido.

—Se fué de la Clínica. Hacía días había pedido su traslado a otro sanatorio. Y esta mañana vino un automóvil por ella.

Un vacío inmenso, el vacío absoluto, se hizo en todo mi ser. Y guiado como por un extraño presentimiento, volví a mi alcoba y me detuve junto a la mesa cuya gaveta había estado arreglando ella la tarde anterior, cosa singular, pues la hermana Graciela no la había abierto nunca, suponiendo quizás que yo guardaba allí libros picantes y recuerdos demasiado profanos. Temblando, abrí esa gaveta, y al escudriñarla con los ojos, una exclamación ahogada se escapó de mis labios.

Junto a un ejemplar de la "Imitación de Cristo", que siempre me ha acompañado en todas mis andanzas, se veía un ramo de violetas atado por un leve hilo de oro—un cabello de mujer— y un guante de piel de Suecia, fino y perfumado, molde exquisito, como para ceñir, en una fiesta galante, la hechura perfecta de una mano archiducal.

Aquel era el adiós de la hermana Graciela.

Eduardo CASTILLO.

jarle desde aquella noche.—

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Han pasado tantos soles como dedos tienen mis manos (9).

—Entonces volverá, y volverá con la cabeza de Cugusha, que debe serle aborrecida.

—¿Lo crees, Nekata?

—Tanto como es verdad que aún a mí me han tocado las llamas de tu gran pasión. Creo que Etza habrá salido tras de su rival con ánimo de interceptarle el paso, cortarle la cabeza y volver tranquilo a tu lado. ¿Quién sabe si a estas horas él, junto a tu padre, al conocer tu ausencia no es víctima de la locura.

—Ay! Me iré enseguida.

—Huaajasta (espera). Lo grave, por el momento, está en la cólera que Tungui debe sentir por tu imprudencia. Conviene reflexionar sobre esto. Dime: qué día dejaste la casa de tu padre por venir a verme?

—Eso fue ayer, al despuntar el alba.

—¿Dónde te cogió la noche?

—Al borde de un riachuelo distante de este lugar, me pasó la noche sobre unas hojas de pambanaca (10) que pude recoger de apuro.

—Máketey (está bien).

—Per o me hablabas del enojo de mi padre? En la turbación que me causa la ausencia de Etza no había pensado en eso que ahora me asusta. ¿Qué debo hacer en este caso?

—Volver, pero no sola. Desde hace varios años soy amigo de tu padre: mi compañía podría serte útil.

—Sígueme, entonces.

—Si lo exiges, iré en seguida; pero acaso sería mejor salir mañana a primera hora.

—Pero si Etza puede haber re-



ELOGIO DEL AGUA

Es dulce, es mansa, es frágil y de gracia está llena; tiene claras miradas y en ensueños se abisma; y es cual una muchacha que en su inconsciencia misma llorara a un tiempo y riera de ventura y de pena.

Muestra sus senos albos y al pudor es ajena siendo casta; se enoja por la virtud del prisma cuando el sol la traspasa, y tiene ese carisma de ser a todas horas cordial, sencilla y buena.

Sufre, padece y gime cuando es aprisionada y en los cántaros duerme; sufre porque la aurora le roba sus estrellas... Y en la noche callada,

al resudar en gotas, brillante y dolorida, del tinajón de barro, se percibe que llora cual una Magdalena sensual y arrepretida.

Edmundo VELASQUEZ.

gresado, ¿cómo quieres que demore?

—Sea. Pero antes comerás unos dátiles (11) con yuca y nijamanche.

Al oír estas palabras Kani, su hija soltera, trájole todo en abundancia; y al contemplar de cerca la beldad de Noria sintió tal emoción, que sus ojos se le agrandaron desmesuradamente, dejándola inmóvil, con la boca abierta.

—Tienes una hija esbelta como las palmeras del Shimbimi, dijo Noria a Nekata, sonriendo amablemente.— ¿Cómo se llama esta joven?

—Kani.— repuso la muchacha, insinuándose y acercándose a Noria hasta tocar la parte del vestido de la que pendían hermosos adornos.

Noria, al observar el interés de la muchacha en ellos:

—Te gustan? Los quieres? Tómalos.

Y se los entregó, desprendiéndolos de sus vestidos, al que estaban artificioamente sujetos por un caracol aplastado que hacía de broche sobre el hombro derecho.

Kani los recibió sin proferir una sola frase de reconocimiento, y se los aplicó, contemplando con gozo sus efectos.

—Llévame con ella—dijo la joven a su padre.

—En eso pensaba, Kani. Ven con nosotros.

—Ya yá,—afirmó Noria, apartando de su lado los alimentos, de los que apenas había probado unos bocados. Partamos pronto.—

Alejandro OJEDA V.

La anterior narración es un capítulo de la sugestiva novela "Etza" o "El Alma de la Raza Jivara", de Alejandro Ojeda V., la cual ha obtenido un extraordinario éxito, mereciendo los más entusiastas aplausos de eminentes críticos. Nuestros lectores a-

preciarán el valor de esta nueva novela ecuatoriana por el ansio y emotivo trozo que ofrecemos.

(1) Santiago: nombre con el que se conoce al río Upano, desde su confluencia con el Paute hasta su entrada al Amazonas.

(2) Sachamango: pájaro de dulce canto y de plumaje amarillo y brillante. Su tamaño semeja al de una perdiz.

(3) Cinonia: ave pequeña de plumaje oscuro y armonioso canto.

(4) Driala: especie de lirio levemente matizado de violeta.

(5) Bubu-entza: cascada que se precipita al Shimbimi desde la cumbre de un elevado cerro.

(6) Tanuyo: ave semejante a la cinonia, de canto pasional y delicado.

(7) Tumbumbe: pájaro un poco más grande que la perdiz, cuyo plumaje tornasola de azul a negro. Lleva en la cabeza un lindo penacho que los jivaros emplean como adorno y es muy codiciado en el comercio.

(8) Género de paloma.

(9) Han pasado tantos soles como los dedos de mis manos, quiere decir diez días.

(10) Pambanaca: planta de hojas grandes y fibrosas, de la que se sirven los jivaros para preservarse de la humedad durante la noche.

(11) Dátil: fruto de una palma semejante por el tamaño, sabor y forma al que se produce en Arabia.—

LA HUELGA

Viene de la página 15 que le toque en suerte. Y no crea, señor, que esto es moco de pavo, como dice don Ramón; por el contrario debemos aprender la literatura de cada partido.

Hubo una pausa. Quise hablar yo por fin. Echarle en cara mi desventura, gritarle, insultarle... pero el oficial tomó un cepillo espantosamente duro y comenzó con él a zamarrear-me la cabeza de un lado para otro. Y sin darme tiempo a que me repusiera, continuó diciendo:

—El peluquero perfecto debe también tener un vocabulario ad hoc para los ateos, como asimismo para los católicos, y saber elogiar a tiempo la influencia de la religión en la moral de los pueblos, como abogar por la separación de la Iglesia y el Estado y protestar contra la entronización del Sagrado Corazón de Jesús en el gobierno. El parroquiano de ideas liberales, que es servido por un beatón, no vuelve más a esa peluquería. Esta es una verdad de 18 quilates. En fin, debemos, para ser perfectos, convertirnos periódicamente en germanófilos, aliadófilos y neutrales; profesar ideas antimilitaristas o militaristas, y, en asuntos de arte, futuristas, decadentistas, modernistas, tradicionalistas... y la mar.—

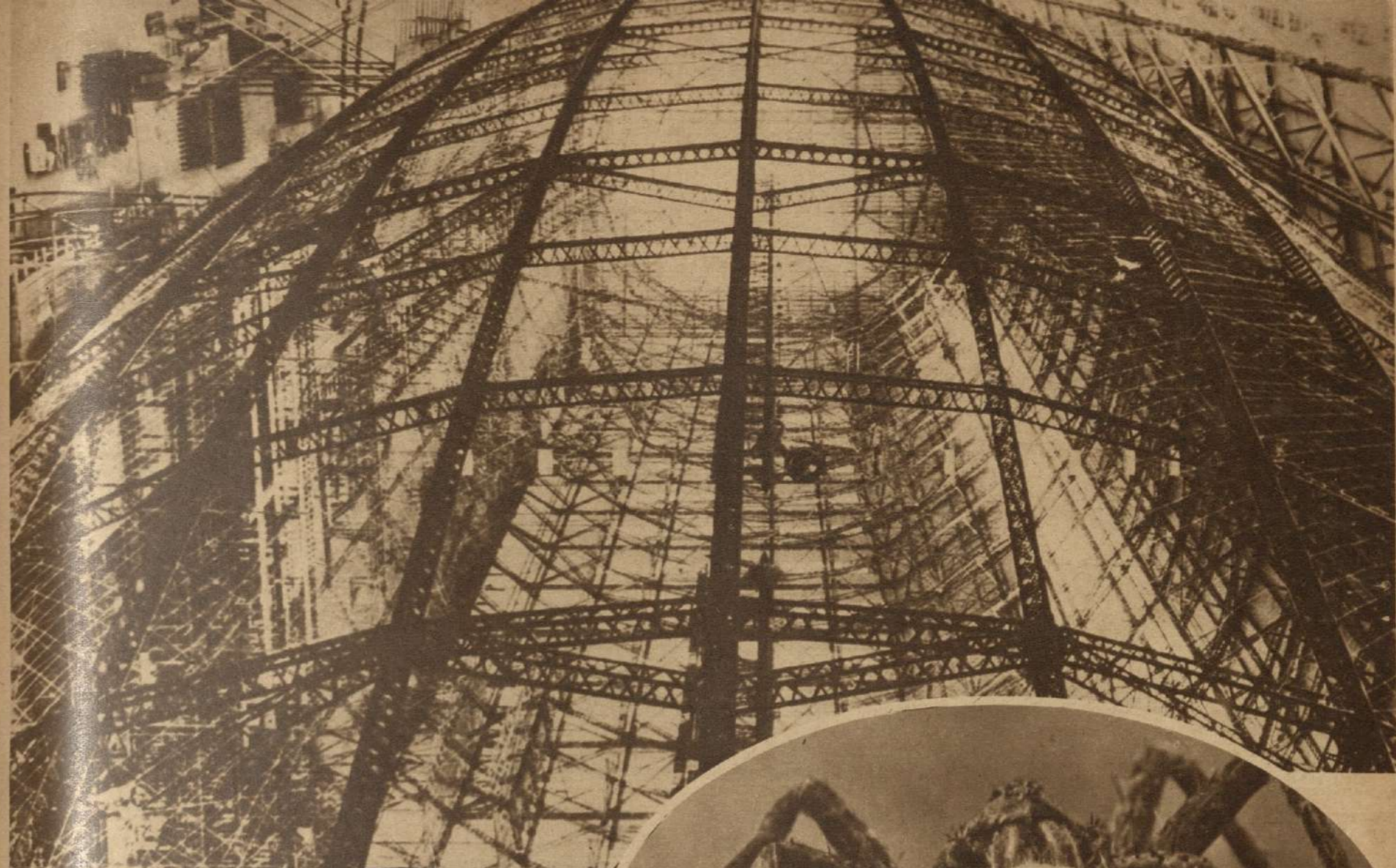
Y mientras de tal suerte el fgaro se despachaba habíame ido los deseos de venganza que traía, y mi pobre, mi desventurada cabeza, iba apilando escaleras y más escaleras.

Cuando el verdugo terminó su obra, eran las siete.

Me miré al espejo. Mi cabeza relucía como una bola de metal.

Sin protestar tomé el sombrero. lo rellené de papeles, me lo puse y salí.—

Alberto F. PEZZI.



El esqueleto del nuevo dirigible LZ-129, que se está terminando en los talleres Zeppelin de Friedrichshafen, Alemania, da idea del tamaño de la aeronave. Medirá 260 metros de largo, pudiendo alcanzar una velocidad de 150 kilómetros por hora. Tendrá 50 camarotes para pasajeros y todas las comodidades de un trasatlántico moderno.



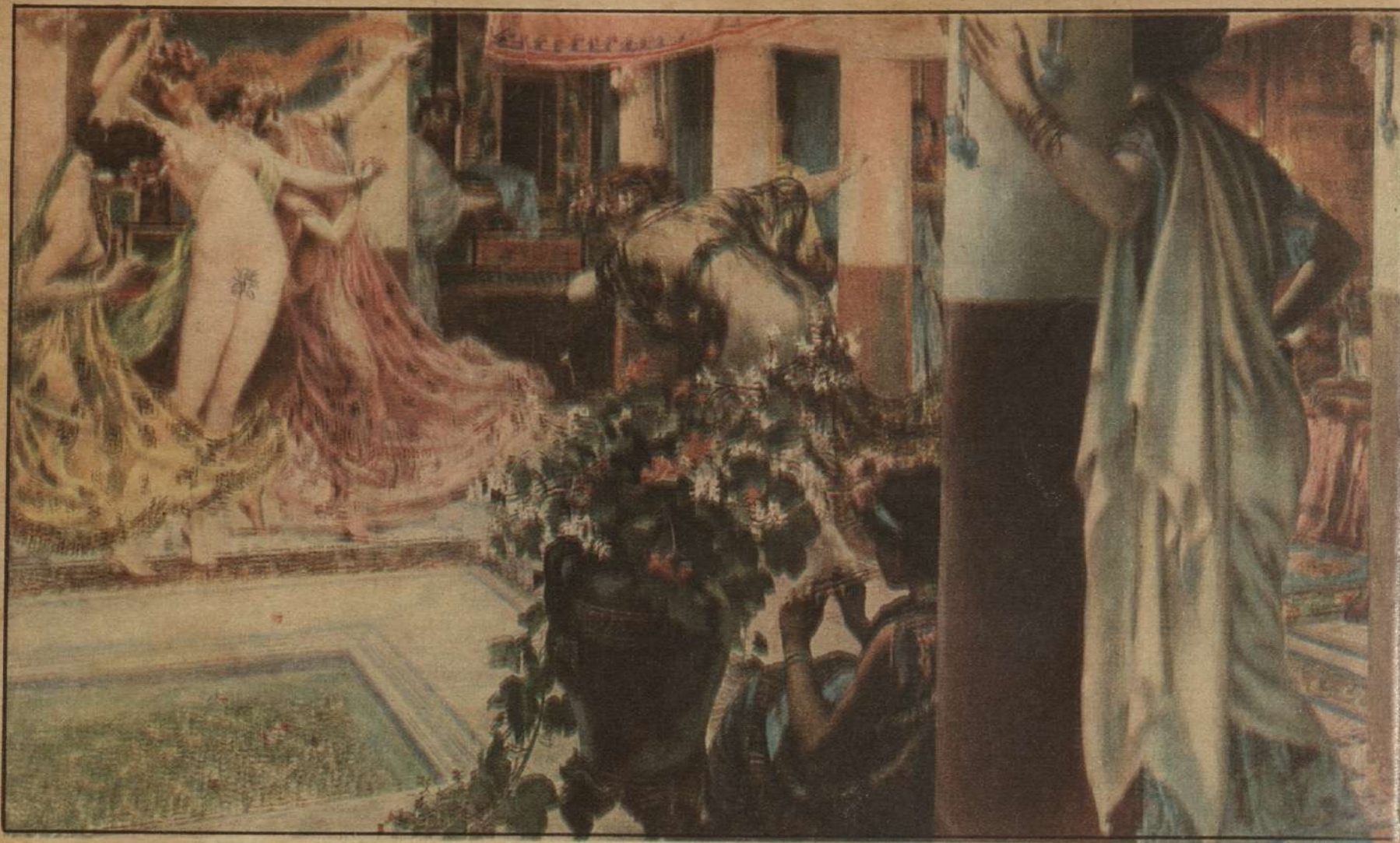
Alentado por su éxito al haber atravesado la bahía de Dover, Friedrich Walther intenta cruzar ahora el canal de la Mancha con estos patines de metal que lo sostienen a flote mientras se impulsa con dos cañas que terminan en hélices inoperables.



Curiosa instantánea de una araña poniendo en sitio seguro la bolsa de arcilla que contiene sus huevos. Nótese el esfuerzo realizado por dos de sus tentáculos mientras avanza con los otros seis.



DEL JARDIN COSTARRICENSE.—Señorita Olga Alfaro, de la sociedad de Heredia.



FIESTA PAGANA, por Rochegrosse.
La magia evocadora de Rochegrosse estalla en este lienzo pleno de gracia y movimiento. (Museo del Luxemburgo).



EL TRIUNFO DE DALILA, por Rembrandt (1607-1669)
La traición bíblica en la cual perdió Sansón su cabellera, secreto de su fuerza, sirvió de tópico al gran maestro del claro-oscuro para este cuadro que forma hoy parte del Museo de Francfort.



Esta ingeniosa máquina para abrir huevos, puede abrir 3600 huevos por hora. El contenido cae en un platillo mientras las cáscaras son expelidas lateralmente.



En la Exposición de San Diego, en California, puede admirarse una escuela para focas donde estos inteligentes animales se perfeccionan en la ejecución de las más difíciles hazañas.



PANAMA.—Helvecia la reina de los carnavales de Santiago.



El cine entre bastidores.—Joan Crawford y Robert Montgomery aparecen bailando en esta escena de una película de la Metro Goldwyn Mayer, mientras directores y técnicos los rodean, fuera del alcance de la cámara.



TITO GUIZAR, artista del elenco Fox.

HUMORISMO GRAFICO

DE PROPIA Y AJENA COSECHA

BUEN CONSEJO



—El peor enemigo que usted tiene, es el vino.
—Ya lo sé. Pero como usted me ha dicho que debemos amar a nuestros enemigos...

LA GRAN SORPRESA



—Querido amigo, tú por el Interior!
—Si chico, me he casado, y he venido en viaje de novios.
—Pero, y tu señora?
—En Guayaquil al frente del establecimiento... no podemos dejar... en cuanto llegue yo, viajará ella.

PARECIDO



—¿Por qué no te agrada la novia de mi hijo. Es una muchacha linda y se parece mucho a mí, cuando estaba de esa edad.
—Pues, precisamente por eso. Porque se parece a vos.

DISTRAIDO



—Pero ¿por qué despidió a su cajero?
—Porque tenía muy buen humor. Era tan divertido, que hacía reír a todo el mundo. Lo considero capaz de distraer a cualquiera.
—¿Y...?
—Pues que tal vez algún día hubiese distraído los fondos.



Las agitaciones obreras habían pasado para mí casi inadvertidas. Ninguna huelga me había llamado la atención ni llegado a preocuparme, quizá debido a la circunstancia de vivir precisamente del otro lado de la ciudad. Pero la que fue para mí de terribles consecuencias, la que asumió caracteres de verdadera huelga trágica fue la de peluqueros.

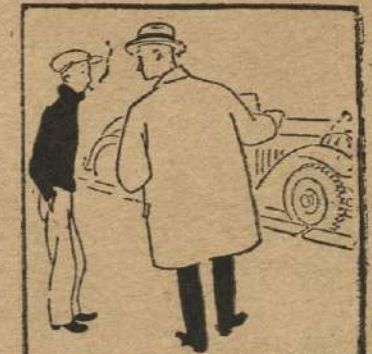
Un parroquiano se retorcía de placer en su asiento porque le estaban mojando la cara con el pulverizador, y otro de aspecto rudo y cabellos rojos sostenía con el oficial una acalorada discusión sobre el precio de los artículos de primera necesidad. En el asiento inmediato, otro atacaba un tema bélico, y con toda la autoridad que sobre la materia le conferían los cinco años que sirvió a su patria en calidad de tambor de un regimiento de infantería, se profundizaba en el estudio de los problemas de post-guerra.

Llegóme el turno cuando quedó vacante el asiento del pelirrojo señor que hablaba del encarecimiento de la vida. Me quitó el cuello y la corbata mientras el oficial, con la toalla en la mano, me examinaba atentamente. Unos segundos después comenzaban a caer los primeros cabellos de mi enmarañada cabeza. El peluquero se detuvo un instante, pasó el peine por el pelo, y haciendo un gesto me dijo:
—¿Cómo ha crecido, eh?
—¿A visto, eh?
—¿Qué barbaridad!
—¿Qué cosa bárbara!
—Pero le va a quedar a usted lo más bien; corto atrás y cerca de las orejas; largo adelante y entresacado un poco arriba; no necesito que usted me diga nada; nosotros los que profesamos este arte no necesitamos indicaciones; al primer golpe de vista, y bastándonos únicamente un ligero examen del cliente, adivinamos su gusto respecto a la clase de corte de cabello que desea. Los malos oficiales se equivocan a menudo, pero los que han llegado, como yo, a la perfección de este arte, los que hemos apurado hasta la última gota de los conocimientos psicológicos, no nos equivocamos jamás.

—Ya ve usted—dijo sonriendo—sabemos psicología, y los patronos nos quieren obligar a recibir la vil propina. Los buenos peluqueros no necesitan que el cliente indique la conversación, porque saben de antemano cómo piensa y de qué hablará. Respecto a la filiación política, no hay memoria de que hayamos errado alguna vez. Conocemos, va sea por el ademán reposado y el gesto silencioso, por la melena acedada y campanuda o por otros mil detalles particularmente a los conservadores, radicales, demócratas y socialistas, y hasta a los cívicos que son tan pocos, sabemos individualizarlos sin gran trabajo por el cierto aire especial que les da su "enardecimiento por la lucha". Y un buen peluquero debe ser radical, socialista, conservador o demócrata cada cinco minutos, según el cliente.

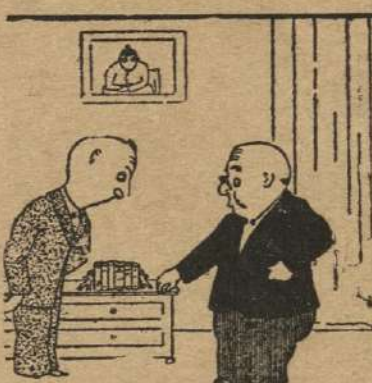
—Sigue en la página 22.

OCUPACION



—¿Cuánto va a ser mi sueldo?
—El primer mes, nada; para el segundo, ya lo pensaré.
—Entonces, empecaré el segundo mes, ¿no le parece?

ATRASADO



El patrón:—Dígame: ¿que carro toma usted que siempre llega tarde?
El empleado:—Señor: yo tomo generalmente el siguiente al que he perdido.

FORTALEZA DE ANIMO



—Doctor, dígame la verdad sobre el estado de mi suegra.
—Tenga usted valor y resignación para oírme...
—¿Se muere?
—No! Se salva.

MALA IMPRESION



—Mira, ese que va ahí es pintor y poeta.
—¿Caramba! Y pensar que era persona tan honorable su padre.

PUEBLO SANO



El forastero:—Hágame el favor de decirme: ¿este pueblo es sano?
El del pueblo:—¡Ya lo creo! Fíjese que para inaugurar el cementerio hemos tenido que pedir prestado un muerto al pueblo vecino.